**LEYENDA DE PARAGUAY. El descubrimiento de la yerba mate.**

Cuenta la leyenda que hace mucho tiempo, la luna, llamada Yasy, y una nube, que se llamaba Arai, ......... (paseaban)por los cielos observando los paisajes de la Tierra. Sentían curiosidad por el canto de las aves, las telas de las arañas, los bosques y sus caminos… Así que -decidieron) descender del cielo y transformarse en dos muchachas para poder explorar todos los rincones del mundo. Anduvieron maravilladas entre sauces, lapachos, cedros y palmeras sin darse cuenta de que una criatura...... las amenazaba, era un yaguareté, que las seguía hambriento con sus enormes garras y afilados colmillos. Cuando el felino ............. las tuvo cerca, se abalanzó de un salto sobre ellas. Por suerte, justo en ese instante, la flecha de un cazador alcanzó al animal, que cayó al piso de inmediato. Estaban salvadas. El cazador guardó su arco y dio media vuelta. Antes de regresar a la tribu, decidió descansar al pie de un árbol. Se quedó dormido y en sus sueños le, lo (objeto directo) visitaron las dos muchachas, Yasy y Arai, que, para darle las gracias, .............lo, la, los, las, le, les mostraron las propiedades y usos de la planta del ka-a, también conocida como la “yerba mate”. El cazador se despertó desconcertado y volvió al pueblo andando. Cuando llegó, halló una pequeña planta de hojas finas: ...........era-fue la yerba mate. Contento y agradecido, siguió las instrucciones que Yasy y Arai .......lo,la, los, las, le, les habían dado en sueños. Cortó las hojas de la planta, .....lo, la, los, las tostó, ......lo, la, los, las, le, les molió y, luego, preparó una infusión. Después, llamó a todo el mundo: grandes y chicos, amigos y enemigos, conocidos y desconocidos… y todos se juntaron. Mientras se .........pasaban-pasaron de mano en mano la bebida, compartían historias. Así fue como nació la tradición de la yerba mate, símbolo de comunicación y de amistad entre las personas.

# Augusto Monterroso

(Tegucigalpa, Honduras, 1921 - Ciudad de México, 2003) Escritor guatemalteco, uno de los autores latinoamericanos más reconocidos a nivel internacional. Aunque nacido en Honduras, Augusto Monterroso era hijo de padre guatemalteco y optó por esta nacionalidad al llegar a su mayoría de edad. Participó en la lucha popular que derrocó a la dictadura de [Jorge Ubico](https://www.biografiasyvidas.com/biografia/u/ubico.htm) y posteriormente hubo de exiliarse. Con un paréntesis en Guatemala y algún destino diplomático, vivió desde 1944 en México, donde trabajó en la UNAM y, como traductor, en el Fondo de Cultura Económica. Monterroso escribió muchos relatos breves y es considerado uno de los maestros del microrrelato. El cuento “El eclipese forma parte del libro “Obras completas y otros cuentos”

**“El eclipse”**

Cuando fray Bartolomé Arrazola se sintió perdido aceptó que ya nada podría salvarlo. La selva poderosa de Guatemala lo había apresado, implacable y definitiva. Ante su ignorancia topográfica se sentó con tranquilidad a esperar la muerte. Quiso morir allí, sin ninguna esperanza, aislado, con el pensamiento fijo en la España distante, particularmente en el convento de los Abrojos, donde Carlos Quinto condescendiera una vez a bajar de su eminencia para decirle que confiaba en el celo religioso de su labor redentora.

Al despertar se encontró rodeado por un grupo de indígenas de rostro impasible que se disponían a sacrificarlo ante un altar, un altar que a Bartolomé le pareció como el lecho en que descansaría, al fin, de sus temores, de su destino, de sí mismo.

Tres años en el país le habían conferido un mediano dominio de las lenguas nativas. Intentó algo. Dijo algunas palabras que fueron comprendidas.

Entonces floreció en él una idea que tuvo por digna de su talento y de su cultura universal y de su arduo conocimiento de Aristóteles. Recordó que para ese día se esperaba un eclipse total de sol. Y dispuso, en lo más íntimo, valerse de aquel conocimiento para engañar a sus opresores y salvar la vida.

-Si me matáis -les dijo- puedo hacer que el sol se oscurezca en su altura.

Los indígenas lo miraron fijamente y Bartolomé sorprendió la incredulidad en sus ojos. Vio que se produjo un pequeño consejo, y esperó confiado, no sin cierto desdén.

Dos horas después el corazón de fray Bartolomé Arrazola chorreaba su sangre vehemente sobre la piedra de los sacrificios (brillante bajo la opaca luz de un sol eclipsado), mientras uno de los indígenas recitaba sin ninguna inflexión de voz, sin prisa, una por una, las infinitas fechas en que se producirían eclipses solares y lunares, que los astrónomos de la comunidad maya habían previsto y anotado en sus códices sin la valiosa ayuda de Aristóteles.

FIN

“Caballo imaginando a Dios”

A pesar de lo que digan, la idea de un cielo habitado por Caballos y presidido por un Dios con figura equina repugna al buen gusto y a la lógica más elemental, razonaba los otros días el caballo.

Todo el mundo sabe -continuaba en su razonamiento- que si los Caballos fuéramos capaces de imaginar a Dios lo imaginaríamos en forma de Jinete.

“El burro y la flauta”

Tirada en el campo estaba desde hacía tiempo una Flauta que ya nadie tocaba, hasta que un día un Burro que paseaba por ahí resopló fuerte sobre ella haciéndola producir el sonido más dulce de su vida, es decir, de la vida del Burro y de la Flauta.

Incapaces de comprender lo que había pasado, pues la racionalidad no era su fuerte y ambos creían en la racionalidad, se separaron presurosos, avergonzados de lo mejor que el uno y el otro habían hecho durante su triste existencia.

“El perro que deseaba ser un ser humano”

En la casa de un rico mercader de la Ciudad de México, rodeado de comodidades y de toda clase de máquinas, vivía no hace mucho tiempo un Perro al que se le había metido en la cabeza convertirse en un ser humano, y trabajaba con ahínco en esto.

Al cabo de varios años, y después de persistentes esfuerzos sobre sí mismo, caminaba con facilidad en dos patas y a veces sentía que estaba ya a punto de ser un hombre, excepto por el hecho de que no mordía, movía la cola cuando encontraba a algún conocido, daba tres vueltas antes de acostarse, salivaba cuando oía las campanas de la iglesia, y por las noches se subía a una barda a gemir viendo largamente a la luna.